



## LA SEÑORITA YO.

Conocía yo una niña que estaba dotada del peor carácter que se puede imaginar.

Nadie podía estar á su lado sin sufrir cruelmente.

No era que fuera siempre mala; jugaba cuando le convenia, reia cuando le parecia bien; pero jamas hacia nada por los demas. Era el egoismo personificado. Su pensamiento y sus acciones eran para su propia conveniencia. Si se repartian pasteles, enseguida cogia los dos mejores sin ocuparse de los demas, y sintiendo tan sólo no tener las manos mayores para coger una docena en cada una.

Quería que todos le tuvieran las mayores atenciones, y á la más pequeña negativa se ponía como una fierecita, á tirarse al suelo y á gritar con todas sus fuerzas:

¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

Lo cual quería decir:

«¡Yo soy la primera! ¡La única! ¡Á mí todo! ¡Los demas no me importan! ¡Yo me lo merezco todo, pero los demas nada!»

La cólera que la dominaba era tan grande, que no le dejaba decir más que esta palabra: *Yo*.

Es verdad que esta sola bastaba para afligir profundamente á todos los que la conocian.

En estos arrebatos se descomponia su rostro, desaparecia su hermosura y casi daba miedo verla.

Los meses y los años pasaron, y la niña crecia sin que variára de carácter. Por el contrario, cada dia era más egoista y orgullosa.

A sus padres siempre se les veía tristes y disgustados al verla tan incorregible, y siempre estaban hablando de las tristes cualidades de su hija con los parientes y amigos.

Habia algunos amigos de los más

íntimos de la familia, que solían decir á la *señorita Yo* verdades bastante duras, pero ella no hacia caso de nada y seguía adelante con su *Yo, Yo*, y siempre *Yo*.

Un día, sin embargo, no fué suficiente el *Yo* para su felicidad.

De pronto se sintió mala sin saber la causa.

La mañana había sido muy hermosa. Los pájaros cantaban alegremente en los árboles, las flores embalsamaban el ambiente con sus deliciosos perfumes, y toda la naturaleza parecía llena de la mayor alegría. Solamente la *señorita Yo* no participaba de la general alegría. Sentía una cosa que no la alegraba, que la entristecía. ¿Qué era? No lo podía explicar.

Al verse así, se incomodó consigo misma y decidió poner fin á aquella situación, distrayéndose á su manera, es decir, haciendo daño.

Se fué al jardín, deshojó las rosas, rompió los tiernos arbolillos, y lanzó desesperados gritos para espantar á los pajarillos que había en los árboles, y entristecía con su conducta á las personas que la veían. En fin, nunca ha habido en el mundo una niña que fuera tan mala ni de tan malos sentimientos.

Pero el malestar, que quería ahuyentar, se apoderaba de ella cada vez más, y fuera de sí, desesperada, se puso á correr como una loca, creyendo que aquel malestar que sentía no podría seguirla en su veloz carrera.

Corriendo, corriendo llegó á un gran bosque, se metió por entre unos

árboles, y la insensata no se acordó, ni por un momento, ni de los lobos, ni de los osos que podían salirle al encuentro.

Continuó corriendo, riendo y cantando como si su corazón estuviera lleno de alegría; pero las ideas no se desechan tan fácilmente, y es inútil decir: «Cantemos y estemos alegres», pues en la alegría y la tristeza no se puede mandar.

Lo único que había conseguido con su carrera era internarse en el bosque y no saber salir de él. La noche llegó y el bosque apareció triste y sombrío. La niña contempló llena de estupor aquellas sombras que la envolvían, y hacían parecer gigantes á los árboles, por entre cuyas ramas producía el viento, al pasar, una especie de triste queja.

Sumida en las reflexiones que le producían aquellas soledades, caminaba con descuido sin ver dónde ponía el pié. De pronto se encontró en un sitio lleno de maleza y de árboles derribados. Sorprendida y aterrada miró á su alrededor, pero no encontró nada que la pudiera orientar.

El bosque era inmenso, salvaje y de un aspecto formidable.

Por todas partes troncos centenarios y malezas impenetrables. Todo aparecía imponente y terrible.

Nunca hubiera avanzado, en su estado normal, hasta el sitio donde se encontraba la irascible niña, si no hubiera sido impulsada por la cólera.

Al verse de aquel modo, llena de cansancio y de miedo, se dejó caer

en el suelo y empezó á llorar amargamente.

En esto un muchacho, que habia ido al bosque á cortar ramas de espino para hacer bastones, se dirigió por aquel lado y oyó los lamentos de la niña.

Guiado por ellos, llegó al sitio en donde se hallaba la *señorita Yo*.

—¿Qué tienes, niña? preguntó asomando su cabeza á través del follaje, no sin ponerse ántes el rostro hecho un mapa con las espinas.

Si cualquiera hubiera estado en el lugar de la niña, hubiese aprovechado aquel inesperado socorro; pero se le habia hecho tan habitual la palabra *Yo*, que fué lo único que contestó, mas con tal furor, que el muchacho creyó que era alguna hechicera del bosque, y echó á correr.

Quedóse sola de nuevo la *señorita Yo*; su pena y su tristeza se aumentaban cada vez más, y siguió llorando con más violencia que ántes. Las horas pasaban, y el bosque se volvía cada vez más tenebroso.

Al cabo de algun tiempo, un hombre que habia ido á la floresta á coger unas hierbas medicinales, oyó los lamentos de la niña, y dejando en el suelo las plantas que llevaba, penetró hasta donde estaba la *señorita Yo*.

—¿Quién te hace daño? le preguntó lleno de lástima.

—¡Yo! ¡Yo! exclamó la niña sin encontrar otra palabra que pronunciar.

El hombre la miró con desconfianza, y volvió á preguntar:

—¿Quién te hace daño?

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

Esto fué lo único que pudo pronunciar la niña, sin fuerzas y llena de desesperacion.

El hombre la contempló durante un momento, y despues se alejó, considerando que muy mal carácter debia tener la niña que se entretenia en distraer á las gentes de sus ocupaciones con sus gritos, para responder que ella era quien se hacia daño.

Volvió, pues, á encontrarse sola la *señorita Yo*.

Las más espesas sombras envolvían el bosque, y no se oía más ruido que el que producía alguna hoja al desprenderse de un árbol.

La niña se puso de pié, pero al verse envuelta en aquellas sombras impenetrables se volvió á dejar caer lanzando terribles lamentos.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! gritaba, vertiendo torrentes de lágrimas.

De pronto se apagó su voz, y quedó como aterrada. Habia oido resonar en sus oídos mil voces extrañas é irónicas que repetían aquel *Yo* salvaje con que respondía siempre. Nunca le habia parecido tan terrible el sonido de la voz como entónces.

Cayó de rodillas con las manos cruzadas, y así permaneció.

Los *Yo* continuaban escuchándose. Cuando los sitios más próximos quedaban en silencio, se oía á lo léjos repetir el eco la terrible palabra. La pobre niña, llena de terror, sintió que su cabeza se debilitaba, y se desmayó.

Al cabo de algun tiempo volvió en sí. Todavía era de noche. Con inefable delicia aspiró el perfume de unas violetas que habia junto á ella, y se puso á llorar; pero aquellas lágrimas no eran como las primeras; eran tan dulces como amargas habian sido las otras.

La niña pasó así algunas horas, y su corazon empezó á abrirse á la dulzura, como se empieza á abrir una flor en el mes de Mayo. Á las tres de la mañana habia cambiado por completo. Entónces se acostó sobre la hierba y se durmió junto á las violetas de los bosques.

Un rayo de sol la despertó, y una encantadora sonrisa entreabrió sus labios.

El bosque estaba tambien hermoso, y cuando la niña se puso á reir alegre y contenta, el bosque repitió su risa formando el eco.

La naturaleza parecia llena de regocijo, y todo lo que ántes llenaba á la niña de miedo, aparecia ahora ante sus ojos agradable y seductor. Las ramas que ántes la aterraban, la acariciaban ahora y la llenaban de contento.

¿Y saben Vds. la causa de esta variacion? Pues era que la niña habia olvidado su fea palabra *Yo*; que habia dejado de ser irascible y egoísta. Conforme iba andando, iba discurrendo en su conducta pasada, y haciendo firme propósito de no volver á reincidir en sus defectos. En aquel instante, una mirada triste la hubiera hecho un daño terrible.

Se detuvo un momento llena de

ansiedad y de temor. Pero cuando se entra sinceramente en el camino del bien, se tiene mucho valor y no le detienen á uno mucho tiempo las pruebas por que tiene que pasar. La niña volvió á emprender su camino con paso firme.

Bien pronto salió del bosque; se volvió entónces, le dió un adios, y luégo saludó alegremente los campos que se extendian ante sus ojos.

Despues se dirigió hácia una casita que habia á la extremidad de aquellos campos.

¡Con qué placer volvió á ver su hogar!

¡Nunca hubiera creido experimentar el dulce sentimiento que experimentaba al ver todos los objetos que tenía ante su vista!

Es verdad que ántes estaba su corazon cerrado á los buenos sentimientos, y ahora por el contrario.

Al fin entró en su casa llena de humildad. Todo estaba silencioso, como está todo el sitio en donde reina el dolor.

Hasta su hermanito más pequeño gemia en un rincon. Toda su alegría habia desaparecido. De pronto la vió, su rostro se llenó de alegría y empezó á gritar, al mismo tiempo que la abrazaba:

—¡Aquí está! ¡Ya ha vuelto! ¡Ya no se irá!

En el mismo instante apareció su madre, que estaba desolada desde la víspera, y su padre, que loco de pena la habia buscado por todas partes, y se disponia á buscarla de nuevo.

Afortunadamente no fué necesari-

rio, y la tristeza se convirtió en alegría, en besos, en abrazos y en mil caricias.

Desde aquel instante reinó la felicidad en aquella casa, sobre todo desde que vieron que las malas cualidades de la niña no habían vuelto al mismo tiempo que ella.

El orgullo y el egoísmo habían desaparecido.

Durante algún tiempo, aunque no le decían nada, la miraban, y suspiraban con desconfianza, temiendo que volviera á reincidir.

Esta era una prueba muy terrible para la pobre niña; pero comprendía que era justa, y que era muy poco castigo para lo que merecía.

El arrepentimiento no es bastante para lavar las faltas, pues es necesaria siempre la expiación. Así, nuestra niña, lejos de desanimarse, redobló su paciencia y su dulzura, y al fin lució un día en que todos tuvieron en ella la confianza más completa, y olvidaron para siempre el pasado.

MARKO WOVZOK.



## DON PELAYO EN COVADONGA.

(TRADICION.)

I.

Si aislado en mi aposento,  
De un viejo cronicón las hojas paso  
Y trascurren las horas, que no cuento,  
Dejando que al acaso  
Camine en lo pasado el pensamiento;

Si contemplo pasar ante mis ojos  
Naciones poderosas, ya en la nada,  
Grandes imperios por la sangre rojos,  
Guerreros invencibles, hoy despojos  
De la Parca enojada,  
Acaso de entusiasmo conmovido  
Al antiguo esplendor rindo tributo

De admiracion; mas , pronto arrepentido  
 Lanza mi corazon hondo gemido  
 Y en amargo llorar la vista enluto.  
 La historia... Fuente inmensa de los males,  
 Cuadro en que los errores  
 De la ambicion dejando van señales,  
 Libro que han redactado los mortales  
 Con sangre y cieno y lágrimas y horrores;  
 Compilacion sangrienta  
 De cuanto al hombre en su carrera infama,  
 En la que acaso el crimen se lamenta,  
 Donde halla el criminal eterna fama.  
 Sedientas de verdades  
 Sus páginas leed. En ellas giran,  
 Adoracion rindiendo á otras deidades,  
 Las lejanas edades  
 Que sólo llanto y compasion inspiran.  
 Allí, del hombre para eterna mengua,  
 Se ve cuál pierde su inocente calma,  
 Siempre dispuesta á difamar su lengua,  
 Siempre al odio y rencor abierta el alma.  
 Allí el pasado su carácter toma  
 Y el hombre por el hombre se aniquila;  
 Allí el más fuerte al miserable doma;  
 Sus pueblos son Egipto, Grecia, Roma,  
 Y sus hombres Neron, Claudio y Atila.  
 Y contrastando al sanguinario brillo  
 Que en la historia reflejan esos nombres,  
 Vense Moisés, Colon, Dante, Murillo  
 Y el Mártir que en el Gólgota escabroso  
 Murió contento por salvar los hombres.  
 Contraste doloroso.....  
 ¡ La dulzura humillada á la violencia!  
 ¡ Verdugo del humilde el poderoso!  
 ¡ El crimen subyugando á la inocencia!  
 Do quiera sangre y lágrimas y escoria,  
 Do quiera falsedad. Esa es la historia.  
 La tradicion, en tanto,  
 Cual la flor campesina que embalsama  
 Al leve venticillo, presta encanto  
 A cuanto el pecho religioso inflama.  
 Ella infunde consuelo  
 A la mente agitada,  
 Aparta al hombre de su pobre suelo,  
 Y á su vista turbada  
 Deja entrever la claridad del cielo.  
 Ella de sus mayores  
 Los altos hechos por contar se afana,

Y retrata con mágicos colores  
 De un ayer los ya ténues resplandores  
 Que iluminan la senda de un mañana.  
 Por eso, si un instante conmovido  
 Al cronicon histórico tributo  
 Rindo de admiracion, arrepentido  
 Lanzo del corazon hondo gemido,  
 Y en amargo llorar la vista enluto,  
 Y la verdad siguiendo y la belleza,  
 Busca la tradicion mi pensamiento,  
 Porque acaban la fe y el sentimiento  
 Donde la historia empieza.

## II.

Hay en mi patria santas tradiciones,  
 Que aún la impiedad respeta  
 Y guardan los honrados corazones  
 Y hacen vibrar la lira del poeta;  
 Hechos llenos de gloria,  
 Que el maternal amor grave y prolijo  
 Inculca en la memoria  
 Del inocente hijo,  
 Y con ellos al bien tal vez le guia.  
 De esos hechos extraños,  
 Á pesar de los duelos y los años,  
 Uno conserva la memoria mia.  
 Si lo quereis saber, sólo un momento  
 Prestadme atento oido:  
 En el mismo lugar lo he recogido  
 Y tal me lo contaron cual lo cuento.  
 Mas, si os cercan el fausto y la mentira  
 De un mundo seductor lleno de dolo,  
 No escuchéis mi cancion: para ello solo  
 He descolgado mi empolvada lira.  
 Tiende la noche oscura  
 Su manto de tinieblas:  
 La tempestad se cierne ya segura,  
 Y el rojizo relámpago fulgura  
 Al romper del cenit las densas nieblas.  
 De una peña elevada  
 Que el suelo astur en su extension domina,  
 Junto á la falda dura y escarpada  
 Que baña el Deva al paso que camina,  
 En grupos animados  
 Se hallan en derredor de inmensa hoguera,  
 Cuya luz en sus armas reverbera,  
 Guardando el descanso unos soldados.

Y el desigual rüido  
De sus diversos sonos,  
Apénas comprensibles al oido,  
Se va luégo apagando, y sus canciones  
Lleva el eco en sus brazos al olvido.

Pronto la noche avanza,  
Y tan sólo se escucha al centinela  
Que de amor y esperanza  
Une tal vez alegre cantinela  
Al trueno que retumba en lontananza.  
Del monte allá en la altura,  
Donde existe una cueva, en que Maria,  
Cual iris de ventura  
Para el mortal que en sus mercedes fia,  
Recibe adoracion del campesino  
Y sin descanso vela su destino,  
Surge un rumor que por instantes crece,  
Nacido en la espesura  
Que en la cima elevada reverdece  
Y de un otoño hasta el siguiente dura.  
Y allí donde el camino se endereza  
Al templo entre las rocas escondido,  
Se abre paso rompiendo la maleza  
Un hombre huyendo, de otro perseguido.  
El rostro del primero,  
Que el vicio expresa y el delito marca,  
Claro denuncia ser de un bandolero  
Que espanto y terror es de la comarca,  
Y el que sus huellas sigue sin desmayo  
Castigar pretendiendo sus acciones  
Por el crimen dictadas, es Pelayo,  
Jefe de las cantábricas legiones.  
Pelayo, que en su saña  
Purgar quiere el rincon en que halló abrigo  
Del criminal que su honradez empaña,  
Cual trata de vencer al enemigo  
Bajo cuyo dominio gime España.  
Y en pos uno del otro, en su querella  
Llegan hasta la cueva donde brilla  
Ante la Virgen compasiva y bella,  
Pobre y opaca lámpara sencilla,  
Cuyos ténues fulgores  
Alumbran la escultura sacrosanta,  
Que del altar en medio se levanta  
Casi cubierta de silvestres flores.  
Y su anciano ermitaño,  
Que ante la imágen veneranda reza,  
Vuelve al rumor extraño

Que producen los pasos, la cabeza,  
Y al mirar profanado  
Aquel santo recinto  
A la Reina del Cielo dedicado,  
Con hablar tembloroso, aunque distinto,  
— ¡Atras, profanos! clama;  
Obedeced mi voz que al bien os llama. —

Temblando el miserable bandolero  
Delante el ara con temor se humilla,  
En tanto que el acero  
De Pelayo en la diestra mano brilla.  
— ¡Por qué á tal hora, prosiguió el anciano,  
A interrumpir venis las oraciones  
De un siervo del Señor? ¿Cómo tu mano  
Oprime el hierro osada y altanera  
Amagando la muerte de un hermano?  
— Padre, la inícuca fiera  
Que al débil mata y entre el crimen vive,  
Con sus acciones su sentencia escribe.  
De mil soldados único caudillo,  
Pelayo soy: si mi atrevido acero  
Fuera del cinto, con siniestro brillo  
Trata de castigar pronto y severo,  
A ello el deber obliga:  
Justa es la ley que al criminal castiga.  
— ¡Perdon! gritó el anciano religioso  
Apartando la espada vengadora,  
¡No manches tu pasado generoso  
Con quien piedad te implora!  
— Su crimen le condena,  
Padre mio, dejadme...

— ¡Dios te mira!  
— Justo el castigo es.  
— Grande la pena.  
— Honrada mi intencion.  
— Ciega tu ira.

No tus armas ultrajen  
Este sagrado y virginal recinto,  
Dejando en sangre tinto  
El mismo altar de la sagrada imágen.  
Tú, que por sacudir el triste yugo  
De la gótica raza envilecida  
Contento expones tu preciosa vida,  
¡Sé soldado, no quieras ser verdugo! —  
Entónces la violencia  
Cediendo ante la voz de su conciencia,  
— ¡Viva, Pelayo dijo, pues abono  
Supo encontrar en vuestro grave acento,

Y así Dios le perdone en su alto asiento  
 Como yo en este mundo le perdono!  
 — Bien, hijo mio, bien; desde este instante  
 En nombre de la Virgen sin mancilla  
 Agradezco la accion que te enaltece:  
 No pierdas la piedad que en tu alma brilla  
 Y que augurar parece  
 Que en tí la Cruz combatirá triunfante.  
 Tal vez, Pelayo, en no lejano dia  
 Te compense la Virgen soberana  
 Tu piadoso perdon: en Ella fia.  
 La enseña musulmana,  
 Que salvando de Cádiz el estrecho  
 Á sangre y fuego devastó atrevida  
 La península entera, en su provecho,  
 De hoy más, por siempre, rota y abatida,  
 Dejará nuestra cántabra montaña,  
 Y en Covadonga nacerá á la vida  
 La moribunda España!  
 Dijo, y calló el anciano. Su promesa,  
 De Pelayo en la fe depositada,  
 Nuevas fuerzas le dió para la empresa  
 Por su Dios y su patria comenzada;  
 Y doblando en el suelo la rodilla,  
 Á la hermosa *Señora*  
 Corta oracion la dirigió y sencilla,  
 Cual la fe que en su pecho se atesora,  
 Y abandonó la cueva,  
 Tranquilo el corazon, alta la frente,  
 Tomando por las márgenes del Deva  
 Hasta reunirse á su guerrera gente.  
 La prediccion bien pronto fué cumplida.  
 Al lado mismo de la altiva peña,  
 Que sirvió de guarida  
 Á la cristiana y española enseña,  
 Las agarenas gentes,  
 En són de guerra y ánimo atrevido,  
 Escalar pretendieron las pendientes  
 En que estaba Pelayo guarecido;  
 Mas pronto mordió el polvo en la derrota  
 La media luna deshonorada y rota.  
 Las flechas que sus arcos despedían  
 En la montaña daban de tal suerte,  
 Que á las moriscas filas se volvían,

Causando espanto y confusion y muerte.  
 Y las enormes piedras, que lanzadas  
 Eran con feroz ímpetu inaudito  
 Sobre las fuerzas godas resguardadas  
 Junto al lugar bendito,  
 En su curso chocaban con estruendo,  
 Y unas con otras fuéronse adhiriendo  
 Hasta formar montañas de granito.  
 Así expresó su proteccion notoria  
 La Virgen, y dejar quiso trazada  
 La senda, que de España para gloria  
 Recorrió al fin, victoria tras victoria,  
 Hasta humillar los muros de Granada.

### III.

Por eso, Virgen, celestial Señora,  
 En tu clemencia y proteccion confia  
 El que sus duelos en el mundo llora,  
 El que consuelo ansía.  
 Por eso, á tí mi patria te proclama  
 Patrona fiel y alivio de sus penas,  
 Y en gratitud se inflama,  
 Y te bendice, como el siervo ama  
 La mano que destruye sus cadenas.  
 Por eso en su porfia  
 Te da el campo el perfume de las flores,  
 El hombre sus amores,  
 Su mágico cantar la poesía.  
 Y si algun dia la extranjera saña  
 Dominarnos intenta,  
 Y oscurecer las glorias de mi España  
 Y labrar con las armas nuestra afrenta,  
 Antes que su ominoso yugo imponga  
 Á tus vasallos fieles,  
 De nuevo brotarán en Covadonga,  
 Para adornar tu altar, verdes laureles.  
 Entre tanto recibe, ¡oh Virgen pura,  
 En tu aislada montaña,  
 De tu pueblo la voz que te respeta,  
 La inmensa bendicion de toda España  
 Y el canto del poeta!

M. OSSORIO Y BERNARD.

## EL QUE ALGO QUIERE, ALGO LE CUESTA.

Elvira y Matilde eran las hermanas de Fernando y Gustavo.

Elvira, la mayor, tenía solamente tres años más que Fernando y Gustavo, que eran dos gemelos de siete años. Matilde era la más pequeña.

Don Carlos Guzman, pintor distinguido, era el padre de los niños que acabamos de nombrar. Hombre muy trabajador y muy entusiasta

por el arte á que se habia dedicado, no salia jamas de su taller más que para jugar con sus tiernos hijos, de los cuales cuidaba su esposa, ayudada por una jóven institutriz de veinte y dos años, á la cual llamaban señorita Susana.

Don Carlos Guzman pertenecía á una familia muy numerosa, de manera que tenía una infinidad de so-



Los cuatro niños se colocaron al rededor de una mesa. (Pág. 234.)

brinos y sobrinas, de la misma edad que sus hijos, los cuales se reunian ciertos dias en su casa, en donde armaban un estrépito capaz de dejar sordo á cualquiera.

Se jugaba á todo á la vez; al calienta manos, á las muñecas, á los soldados, al colegio, á las visitas, al escondite y al lobo; este último juego daba siempre ocasion á un gran tumulto y á gran confusion,

pues las ovejas, no queriendo ser devoradas por el lobo, salian chillando por todas partes.

El lobo era representado siempre por el niño mayor de la reunion, el cual, para caracterizar mejor al personaje, se cubria con una piel de oso que servia de alfombra.

Estas eran las diversiones habituales. Las fiestas de Navidad se aproximaban, y los padres de Elvira pen-

saron dar una fiesta de familia. Nuestro pintor consintió en ceder su taller, que era muy espacioso, y como la reunion era extraordinaria, se enviaron cartas de invitacion á los niños que debian asistir á la fiesta, los cuales se habian de someter á ciertas condiciones.

Estas condiciones variaban segun la edad y el sexo de los niños, pero todas terminaban con este proverbio:

El que algo quiere,  
Algo le cuesta.

Una postdata advertia á los niños que, despues de la fiesta, se les llevaria al Circo ecuestre, para que vieran los elefantes sabios, que se sostenian sobre dos patas y hacian una infinidad de habilidades.

El dia de la reunion llegó, y el taller se convirtió en salon de baile. Retrocedieron algunas estatuas; los cuadros se colocaron cerca de las paredes, y los maniqués y caballetes se pusieron en un rincon, quedando, por lo tanto, un gran espacio á los infantiles bailarines.

Como el baile debia tener lugar en pleno dia, se cubrieron todas las ventanas perfectamente, con el objeto de sustituir la luz del sol con la luz de las bugías, pues la luz artificial es mucho más alegre en estos casos que la natural.

Ninguno de los niños habia visto nada de lo que se preparaba, pues querian darles una sorpresa.

Á cada uno de ellos le habian encargado de una cosa. Á Elvira y Ma-

tilde de marcar unos pañuelos, y á Fernando y Gustavo de que hicieran cada uno una plana de palotes, bien hechos y bien iguales.

Los dos niños protestaron varias veces contra la obligacion que se les imponia, pues creian que era imposible.

Sin embargo, como en recompensa debian llevarlos al Circo ecuestre, se pusieron á trabajar, aunque de no muy buena gana.

Las dos niñas, por su parte, empezaron con la mejor voluntad á marcar los pañuelos.

Los cuatro niños se colocaron alrededor de una mesa, mientras que la señorita Susana, sentada en un sillón cerca del fuego, leia un libro con la mayor atencion.

Todos parecian entregados á su tarea.

La señorita Susana los miraba de cuando en cuando con visible satisfaccion.

Fernando habia hecho ya unos veinte palotes bastante presentables, y Gustavo habia hecho lo mismo.

Era un principio del cual estaban los niños orgullosos.

Pero aquel esfuerzo necesitaba un poco de descanso, y empezaron á hacerse gestos.

*Quien algo quiere, algo le cuesta*, dijo de pronto la señorita Susana, que los sorprendió en tan fea ocupacion.

Los dos niños continuaron su trabajo.

Al cabo de algunos minutos empezaron á darse con el pié por debajo de la mesa, y á gritar y á reir.

*El que algo quiere, algo le cuesta,* repitió la señorita Susana.

—Es que Fernando no me deja trabajar, dijo Gustavo.

—Es Gustavo, que se empeña en meter el pié en el bolsillo de mi pantalón.

—Bueno, dijo Gustavo; pues entonces voy á ponerme entre Elvira y Matilde, á ver si así me deja tranquilo Fernando.

—Bien, pero nos has de dejar trabajar.

—No tengais cuidado. Las dos niñas hicieron sitio á Gustavo.

Durante algunos instantes reinó el más profundo silencio, y los niños trabajaron tranquilamente, pero esto no duró mucho tiempo, pues despues de haber hecho Fernando algunos palotes torcidos, concluyó por empezar á construir una pajarita, á la que adornó con unos descomunales bigotes.

Miéntas hizo Gustavo con la plana empezada un cucurucho y se lo colocó en las narices, riéndose anticipadamente del efecto que iba á hacer su invencion cuando le viera su hermano.

En aquel momento alzó Fernando la cabeza y lanzó una carcajada al ver á su hermano.

*El que algo quiere, algo le cuesta,* repitió por tercera vez el aya.

—Si es Gustavo... dijo Fernando.

—Bueno, pero si no escriben ustedes la plana no irán al Circo á ver los elefantes.

—Voy á concluirla para ir á ver el elefante, dijo Gustavo.

—Y yo tambien, añadió Fernando.

Y los dos hermanos se pusieron á escribir.

Pero desgraciadamente tuvo que ir la señorita Susana á otra habitacion para coger un libro, y cuando volvió se los encontró subidos sobre un sofá, saltando y cantando.

—¿Qué es eso? dijo el aya al verlos.

Pero los niños siguieron alborotando sin hacer caso.

Quiso ponerlos en el suelo, pero cuando bajaba uno se subia el otro, hasta que ya cansada exclamó:

—Bueno, habrá que decírselo á mamá.

—No, no, dijeron los niños. Usted es muy buena y no querrá que nos riñan.

—Sigán ustedes trabajando, y veremos entonces.

Los dos niños se pusieron á escribir de nuevo.

Elvira y Matilde no habian dejado de coser ni un momento, y estaban próximas á concluir su trabajo.

Aunque los dos gemelos habian vuelto á coger la pluma, se comprendia que no escribirian mucho.

Efectivamente, al cabo de un instante alzó la cabeza Fernando para hacerle un gesto á su hermano, pero éste desapareció súbitamente debajo de la mesa, y Fernando, que veia empezar un nuevo juego, se bajó para buscarle.

Pero Gustavo no estaba debajo de la mesa; Fernando se deslizó á cuatro piés por la habitacion en busca de su hermano, y pronto desaparecieron.

La señorita Susana, al ver que no estaban en la sala, se levantó para buscarlos.



Fernando lanzó una carcajada al ver á su hermano. (Pág. 235.)

Gustavo se había ido á ella, y su primera idea fué meterse en un armario y ponerse á imitar el canto del gallo ó el maullido de un gato, dos

Se nos había olvidado decir que el taller estaba separado de aquella habitación por una pequeña galería.

cosas que había estudiado con gran detenimiento, pero el gran ruido que se oía en el taller de su padre llamó su atención.



Los encontró escuchando... (Pág. 236.)

Fernando se había reunido con él. El aya los encontró escuchando junto á la puerta del taller, que contra la costumbre ordinaria se hallaba cerrada con llave.

—¿Qué hacen ustedes ahí? les dijo con severidad.

—Estábamos oyendo ese ruido; ¿si serán ladrones?

—Si son ladrones ya los cogerán,

dijo la señorita Susana, llevándose los niños á la sala de estudio.

—Ya hemos concluido, dijeron las dos niñas.

—Muy bien, hijas mias, respondió la señorita Susana.

Los dos hermanitos miraron á las niñas con cierta envidia.

Elvira y Matilde salieron, y el aya las siguió despues de hacer algunas advertencias á Fernando y Gustavo.

Pero los dos niños cuando se vieron solos volvieron á ponerse á escuchar á la puerta del taller.

Oyeron várias voces y ruido de muebles.

Los dos hermanos se miraron sorprendidos.

—De buena gana me enteraria de lo que pasa en el taller de papá, dijo Gustavo.

—Y yo tambien, dijo Fernando.

En esto se abrió la puerta y salió un criado.

—Ramon, ¿qué es lo que pasa en el taller de papá? preguntaron los niños.

—Muy buenas cosas, contestó el criado, que tenía órden de no decir nada.

(Se continuará.)

## LA HISTORIA DE ESPAÑA.

(Continuacion.)

### REYES DE ASTÚRIAS Y DE OVIEDO.

#### XXII.

Despues de Mauregato fué elegido para reinar Veremundo ó Bermudo, llamado *el Diácono*, quien abdicó la corona en su sobrino Alfonso el II, llamado *el Casto*. Este famoso príncipe estableció su córte en Oviedo, que engrandeció y enriqueció con iglesias y otros edificios, peleó con los moros, quedando siempre vencedor, y nombró gobernadores en Castilla, dependientes de su corona, con el título de Condes. En su tiempo comenzó la serie de los condes de Barcelona y la de los de Navarra, á

que luégo agregó el Aragon Íñigo Arista, y es comun opinion haberse encontrado milagrosamente en este reinado el cuerpo del apóstol Santiago.

Repuesto Alfonso, por la generosidad de su tio, en el trono asturiano, se dedicó, en efecto, á realzar á Oviedo con edificios útiles é importantes, construyendo iglesias y capillas, y engrandeciendo y dotando las existentes con donaciones y rentas fijas. Cítase especialmente su iglesia del Redentor con doce altares dedicados á los doce apóstoles, la iglesia de la Virgen, al norte de la ciudad, con sus dos grandiosas capillas laterales de San Estéban y de San Julian

mártires, la última á doscientos pasos del palacio real. Él fué quien elevó á Oviedo á la jerarquía de ciudad episcopal, nombrando á un godo llamado Adulfo por primer obispo en 812, y finalmente, fué él mismo el descubridor en Galicia del cuerpo del apóstol Santiago, suceso que refieren de este modo los historiadores:

Era tradicion anterior á la conquista de la península por los godos, que el apóstol Jaime, hermano de San Juan Evangelista, habia venido á España personalmente á predicar el Evangelio. Los godos conceptuaron auténtica esta tradicion, lo mismo que la habian conceptuado ántes los hispano-romanos. Convertidos ya los gallegos al cristianismo, y vuelto Jaime á Palestina, padeció martirio. Embarcáronse siete discípulos suyos con el cadáver en Jope, y con mil dificultades, y despues de una milagrosa navegacion, aportaron en España y lo depositaron en Iria-Flavia de Galicia.

Desconocido permaneció su sepulcro por más de ocho siglos. Matorrales y maleza lo estaban encubriendo á la veneracion de los fieles, pues se habia generalizado el culto de las reliquias por todo el Occidente; sin embargo, la tradicion de la existencia del sagrado sepulcro por las cercanías de Iria-Flavia se habia conservado de una generacion á otra. Reverenciaban á Jaime desde muy antiguo por patron del país, y en el siglo anterior le habian dedicado varias iglesias, entre ellas una junto á Lugo. Ya desde entónces algunos

devotos habian visto resplandores maravillosos en el sitio reputado por el de su sepulcro, hasta que se logró su descubrimiento bajo Alfonso, lo que conceptúan los historiadores de España por fineza peculiar de Dios para con aquel rey. Noticiáronlo á Teodomiro, obispo de Iria-Flavia; pasó éste al sitio, y escudriñando los sacerdotes y campesinos por los matorrales, hallaron una choza desamparada desde muy antiguo, y en el interior el sepulcro del santo. Acudió luégo el Rey á verlo con todo su séquito de magnates y de oficiales del ejército; mandó construir una iglesia, y al sitio del túmulo se trasladó el obispado de Iria, llamándose aquel lugar Campo del Apóstol, *Campus Apostoli*, y de aquí *Compostela*.

Pero este descubrimiento, tan sencillo en sí, tan parecido al de todas las reliquias é imágenes de santos que habian sido escondidas al invadir los moros nuestra patria, debia tener gran influjo en los adelantos de la reconquista, siendo el grito de guerra nacional desde aquel dia el de *Santiago y á ellos*, grito que comenzó á resonar en Astúrias en aquel reinado, y no debia dejar de oirse hasta la toma de Granada. Los asturianos y gallegos se enardecian al recuerdo del Santo Apóstol, se agolpaban bajo las banderas de Alfonso *el Casto*, y juraban vivir y morir por la fe de Jesucristo. Aprovechando aquel monarca piadoso su ardor guerrero, atravesó el Duero y castigó á los árabes de la Lusitania, amenazando

internarse acaso hasta el territorio de Córdoba, córte entónces de los reyes mahometanos.—Verémos en el capítulo inmediato cuáles habian si-

do hasta allí los adelantos ó pérdidas de los sarracenos.

JANER.

## LA AMABILIDAD.

No es suficiente ser bueno. Es menester también parecerlo. Es menester ser amables. Una gran ventaja es tener buenas cualidades, pero si esas cualidades no se demuestran, son como el tesoro del avaro, que no sirve para nada.

La dulzura es una gracia del corazón que multiplica el valor de todas las cosas. No hay nada más hermoso que la dulzura. Es la caña que se inclina, sin perder una sola pulgada de terreno, pero que no se rompe. La dulzura en la razón es la verdadera firmeza.

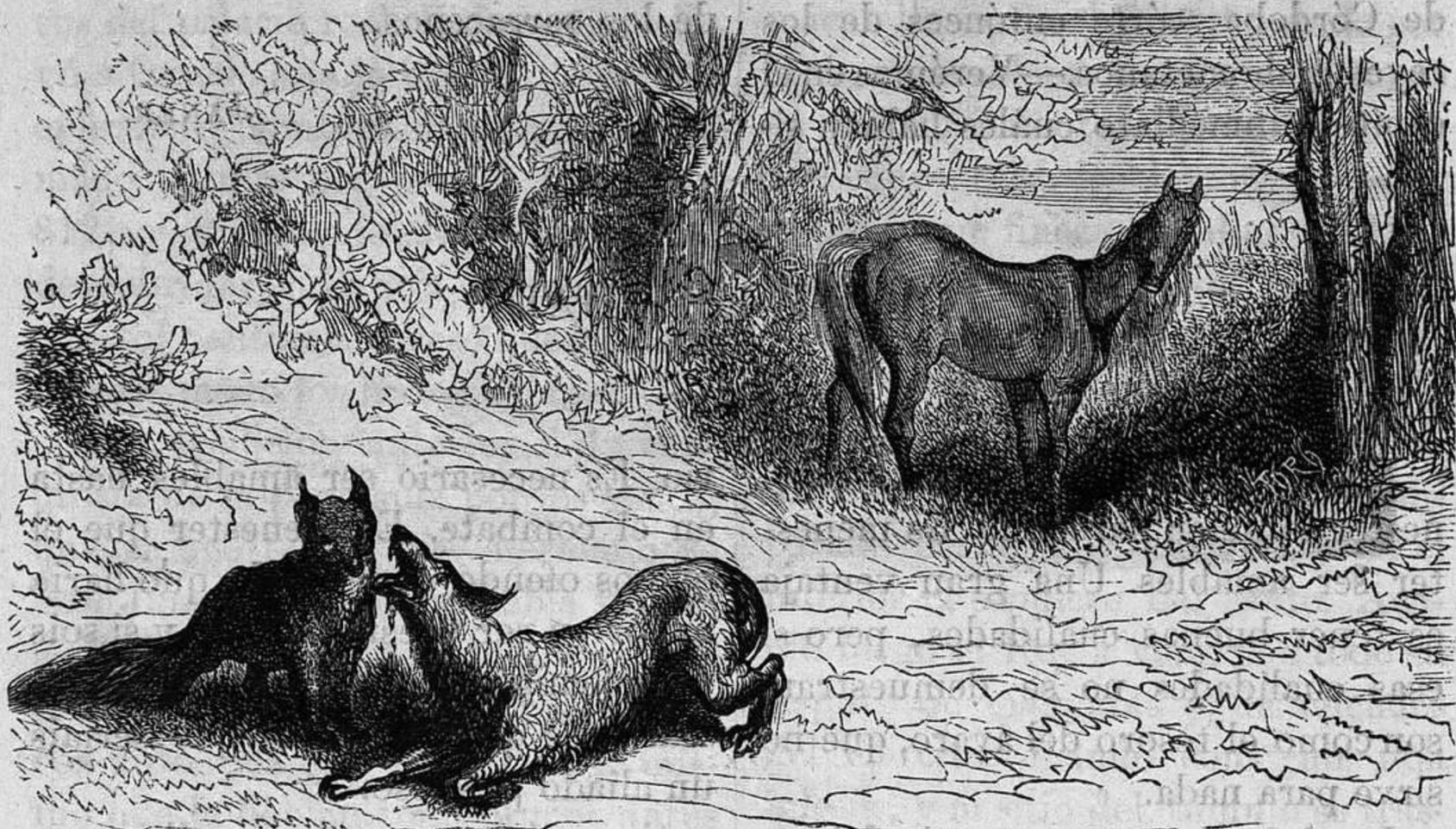
Muy agradable es ser la encina y resistir largo tiempo los ímpetus de los huracanes, porque es más fuerte que ellos. Pero llega un día en que se parte, y entónces el arbusto modesto que los ha resistido dulcemente, sin retroceder, sin embargo, ante ellos, ¿no ha sido más inteligentemente fuerte que la encina? No es menester irritar á los que se quiere vencer. La lucha no debe tener nunca por objeto más que la paz.

Es hacer la paz imposible el ofender irreparablemente á un adversa-

rio. Es necesario ser amables hasta en el combate. Es menester que el que os ofende comprenda que haria mejor en ser vuestro amigo, y si sois un enemigo temible, no debeis desear más que mostrarle que seriais un aliado precioso.

Con más razón con aquellas personas á quienes queremos y que nos quieren, y con las cuales tenemos que vivir, es indispensable ser, no solamente buenos, sino amables. Si los goznes de una puerta rechinan, ¿no creeréis que es necesario darles aceite? Pues la bondad, la amabilidad, es el aceite que suaviza todos los resortes de la vida.

Hagamos, pues, este pequeño gasto, y no dejemos enmohecerse ni rechinar los goznes de nuestra puerta. La entrada y la salida de nuestra casa, lo mismo que la entrada y la salida de nuestro corazón, se parecerán, en caso contrario, á la entrada y á la salida de aquellas prisiones cerradas con cien llaves y cerrojos, y en donde todo parece decir á los que entran: ¿Por qué entráis? Y á aquellos que salen: ¡No volvais!



## LOS ADULADORES.

Un zorro, que no era bobo,  
Vió un día por vez primera  
Un caballo en la pradera,  
Y fué á contárselo á un lobo  
Que su amigo antiguo era.

— Chico, le dijo, ven pronto,  
Que hay que ver un animal  
Extraño y original,  
Que me parece, ó soy tonto,  
Que no ha de saber muy mal.

Fueron, y el lobo dudó  
Viendo al caballo arrogante,  
Y dijo: — Presumo yo  
Que para él nosotros no  
Tenemos fuerza bastante.

— Si la fuerza no tenemos,  
La astucia nos bastará.  
— Eso es verdad.  
— Pues lleguemos  
Y nuestro amigo se hará  
En seguida que le hablemos.

Y haciéndole cortesías,  
Al caballo se acercaron,  
Y con mil gazmoñerías  
Habláronle, y le encajaron  
Cuatro mil majaderías.

Paciente el corcel oyó  
Al principio sus dislates,  
Pero al cabo se cargó  
De oír tantos disparates  
Y así lo manifestó.

Ellos siguieron á voces  
Al caballo impacientando,  
Que se volvió al fin, y dando  
Al lobo un buen par de coces,  
Lo dejó allí tiritando.

*La adulacion empalaga:  
Solamente al que es un necio  
Es fácil que satisfaga,  
Porque el discreto la paga  
Con soberano desprecio.*

C. FRONTAURA.